

regresó y los bajó del coche, dando nueve pesetas al cochero y continuando su marcha hasta la salida del pueblo que estaba á la parte opuesta por donde habian entrado. Allí encontraron á dos hombres con dos caballos, uno negro y otro blanco, en los cuales los montaron, y el que se dijo criado de su papá ma-

nifestó que se volvia al pueblo por la comida, y que pronto volveria á buscarlos, pero no le volvieron á ver mas. Siguieron, pues, caminando por el campo, parándose por la tarde para comer un poco de salchichon, queso, pan y vino que les dieron los hombres que les llevaban en los caballos. A poco se en-



El vaquero Manuel Perea con la carta de los niños.

contraron con un guarda que les preguntó si habian visto un caballo, á lo que contestaron que no, y continuaron andando hasta muy entrada la noche, pues segun dijeron sus conductores seria ya la una de la mañana, hora en que hicieron alto para dormir, lo que verificaron en tierra, cubiertos con una manta, hasta las tres de la madrugada, que les hicieron levantar, y continuaron caminando por el campo, sin hallar á nadie. Por la tarde se pararon nuevamente á

comer como en el dia anterior, y estando comiendo, se presentaron otros dos hombres á quienes preguntaron sus conductores qué buscaban, y contestaron, que eran el alcalde y alguacil de Manzanares que iban por allí con objeto de ver si cogian á alguno haciendo carbon, y diciendo esto tomó el que se decia alcalde la escopeta de uno de sus conductores, y exclamó: ¡que buena es! ¡Si usted me la quisiera cambiar? pero este no le contestó nada, y á poco rato se

